

III Certamen literario Los cuentos de María de la O Lejárraga



Organizan:

*Ayuntamiento de San Millán de la Cogolla
Asociación Tierras de San Millán
Asociación Cultural Emilianense
Ediciones Emilianenses*

Colaboran:

*Consejería de Cultura, Turismo, Deporte y Juventud
Fundación San Millán
Movimiento Ultreya*



La Rioja

Información y bases: mariadelaolejarraga.es

San Millán de la Cogolla - La Rioja - España

Carta para cuando el futuro te lea

José Carlos Vara Mata

Texto premiado en el III Certamen literario
Los cuentos de María de la O Lejárraga 2025

Carta para cuando el futuro te lea

José Carlos Vara Mata

Querida María de la O Lejárraga:

Hoy te escribo desde un tiempo extraño, donde la memoria es líquida y la verdad, a menudo, se diluye como tinta vieja en papel mojado. Me aferro a tu nombre, al peso de cada letra que lo compone, como se aferra el caminante a una señal en mitad de la niebla. Te escribo desde la orilla de un siglo que aún sangra por dentro, para decirte — con la temblorosa dignidad de quien reconoce a una madre en el eco— que no te hemos olvidado. Aunque, confieso, no siempre te nombramos.

María, ¿cómo se soporta el peso de no firmar la propia luz? ¿Cómo se camina con palabras prestadas, con versos que fueron tuyos y se pasearon por el mundo con otros nombres, con trajes de hombre, con voz ajena? Si cerraras los ojos ahora —desde donde estés— verías tu obra aún envuelta en sombras, como si los siglos no bastaran para devolver a la tierra lo que le robaron los vientos. Pero también verías mujeres jóvenes reclamando tu lugar, arrancando tu nombre del silencio, escribiéndolo en pancartas y tesis, susurrándolo entre líneas, enseñándolo en aulas donde antes solo te encontraban entre paréntesis.

A veces me pregunto si sabías que no escribirías para ti. Que tu oficio de maestra —ese arte de sembrar sin testigos— también se convertiría en una forma de exilio. Enseñar a leer, enseñar a pensar, enseñar a soñar... y luego mirar cómo todo eso es negado a quien enseña. Dicen que fuiste la mejor pedagoga de tu tiempo, y yo digo que lo fuiste del nuestro también. Porque en cada aula que resiste a la ignorancia, en cada cuaderno infantil donde aún caben las utopías, estás tú, María, inclinada sobre una niña que dibuja el mundo sin permiso.

¿Y cómo olvidar que fuiste diputada sin escaño, ministra sin cartera, embajadora sin título? ¿Cuántos cargos no te dieron por llevar una falda y un corazón lleno de ideas?

Yo he visto mujeres hoy que aún son eso mismo: presencias silenciadas en mesas de poder, nombres omitidos en los créditos de una historia que siguen escribiendo otros. Pero también las he visto alzarse, citarte, marchar con tus palabras bordadas en las cintas violetas de sus cabellos.

Escribiste teatro con nombre de esposo, pero viviste la tragedia de ser mujer libre en un mundo que prefiere a las musas calladas. Dijeron que fuiste sombra, y no supieron ver que la sombra también es forma, contorno, profundidad. A ti te llamaron “la mujer de Martínez Sierra”, pero nunca comprendieron que él fue, en el mejor de los casos, el eco de tu música.

¿Sabes?, aún duele verte relegada a notas a pie de página, cuando debieras ser epígrafe de nuestra historia. Duele pensar en el amor que no se te devolvió con justicia, en la entrega que se confundió con sumisión, en tu genio empaquetado en la humildad de quien cree que el bien común está por encima del brillo personal. ¿Cuántas como tú viven hoy en esa tensión entre el deseo de cambiar el mundo y el silencio al que nos condena la costumbre?

Pero tú seguiste andando. Exilio adentro. República afuera. Tu patria fue siempre el verbo: enseñar, escribir, actuar, resistir. Cruzaste océanos con los bolsillos vacíos pero el alma colmada de papeles, y con esos papeles abriste caminos allí donde la derrota parecía definitiva. En ti, la palabra “derrota” nunca tuvo el último verso.

Nos dejaste cartas, diarios, manifiestos. Pero sobre todo, nos dejaste un ejemplo. El de la dignidad sin escándalo, la coherencia sin trono, el feminismo sin aspavientos, pero con trinchera. Hoy, cuando tantas luchas se convierten en eslóganes, tu vida nos recuerda que no hay revolución más profunda que la que se escribe con tiza en una pizarra, con tinta sobre un poema, con ternura en medio del vendaval.

Y sin embargo, María, no todo es ceniza. Hoy hay niñas que juegan a ser escritoras sin pensar que deben ceder su nombre. Hoy hay maestras que educan en igualdad, diputadas que no esconden su voz, mujeres que no renuncian a la totalidad de lo que son. Te debemos esa semilla, aunque a veces lo olvidemos.

María, tú que fuiste todas las patrias sin tener bandera; tú, que no alzaste la voz porque sabías que a veces gritar es escribir mejor; tú, que sembraste en tierra ajena mientras España ardía de espaldas a sus hijas... ¿cómo te explico lo que somos ahora?

Nos asomamos a pantallas más que a libros, pero en algunas aún arden tus frases. Se hacen congresos con tu nombre, se reeditan tus obras, se desenmascara tu biografía como se saca a la luz una carta que alguien olvidó en el fondo de un cajón. No todo está perdido. Aunque el presente sea torpe, a veces titubeante, algo en nosotras —en nosotros— se alza con la fuerza de tu palabra recuperada.

Sabes bien lo que es huir sin dejar de enseñar. Lo que es amar sin ser amada. Lo que es escribir sin ser leída. Pero también sabes —porque tu legado así lo dice— que el tiempo termina por reconocer lo que la época negó. Hoy, cuando alguien pregunta qué es ser feminista sin odio, activista sin estridencias, pedagoga sin dogmas, escritora sin servidumbres, tu nombre aparece como una grieta por donde entra la luz.

Y pienso en esa luz. En la María que fue joven en las tierras altas de La Rioja, soñando aulas limpias, pueblos donde leer fuera un acto cotidiano. En la María que firmó discursos en la sombra, que defendió a las obreras, que lloró el final de una república como se llora una hija muerta. En la María de Nueva York, de Ginebra, de Buenos Aires, contando las horas como cuentas de un rosario laico, confiando en que, algún día, la justicia tendría forma de verdad escrita.

Hoy esa verdad empieza a dibujarse. No sin torpeza, no sin heridas. Pero empieza.

Hoy hay mujeres que no piden permiso, que se nombran completas, que no ceden su firma ni su fuego. Hay maestras que enseñan con tus ojos sin saber que son tuyos. Hay escritoras que escriben con tu voz sin haber leído tu nombre. Hay jóvenes que marchan en las calles sin saber que tú marchaste antes, sin pancarta, sin megáfono, pero con la misma fe: que otro mundo, uno donde quepamos todas, era —es— posible.

Y aunque aún nos falta tanto, aunque la igualdad se tambalee, aunque el machismo se disfraza con nuevos ropajes y la historia intente seguir borrándonos, hay en ti una forma de esperanza que no se extingue. Un hilo rojo que nos une. Un testigo que no hemos soltado.

Por eso te escribo, María. No como un homenaje vacío, no como un gesto de justicia tardía, sino como quien le habla a su madre sin haberla conocido. Como quien reconoce en tus cicatrices las nuestras, en tus silencios, nuestras luchas. Porque fuiste muchas: educadora, activista, política, viajera, esposa, exiliada, autora sin autoría. Y sin embargo, fuiste una sola: mujer. Entera. Incómoda. Luminosa. Inolvidable.

Que esta carta, que esta voz que es muchas voces, cruce el tiempo como tú cruzaste océanos. Que te alcance donde estés, en esa eternidad sin exilio que te has ganado. Y que te diga, aunque tarde: gracias. Por cada palabra robada que hoy recuperamos. Por cada idea que sembraste en la intemperie. Por seguir enseñándonos —con la frente alta y las manos llenas de tinta— que no hay mayor victoria que existir fiel a una misma, aunque el mundo se niegue a nombrarte.

Con la reverencia de quien escribe de pie,
y la ternura de quien se sabe heredera,

Una mujer del siglo XXI.

A María, todas y una

Fernando Jesús Espiau Espiau

Accésit en el III Certamen literario
Los cuentos de María de la O Lejárraga 2025

A María, todas y una

Fernando Jesús Espiau Espiau

A María de la O Lejárraga,
allá donde habita la memoria de quienes no se resignaron al silencio,
y donde el tiempo no borra las palabras verdaderas.

Querida María:

Te escribo desde el siglo XXI con la tinta de la emoción. No quiero que ésta sea una carta perdida en el tiempo, sino una conversación que —imposible en lo físico— he sentido el impulso de imaginar. No al modo de un historiador o un crítico, sino como quien te ha leído y te admira. Es mi manera de tenderte una mano desde este presente que, aunque distinto, sigue llevando tus preguntas dentro. Me dirijo a ti como la representante de aquellas mujeres que hablaron incluso cuando les quitaron la voz.

Tú supiste lo que significa escribir desde la sombra. Bajo el nombre de tu marido se publicaron muchas de tus obras. Me cuesta imaginar lo que significó para ti ceder tu nombre, tu voz, tu producción, a modo de pago por su existencia, aunque entiendo que a veces pretendieras buscar una más amplia difusión, un mayor efecto en la sociedad. Que tantos escritos firmados por Gregorio fueran tuyos es, para mí, una de las mayores injusticias literarias del siglo XX. ¡Qué duro sería ver tu talento pasar por la vida con otro rostro! Pero lo más doloroso no es la invisibilidad, sino que la asumieras como un precio inevitable. Y aun así, seguiste escribiendo. Eso me conmueve.

Las generaciones más jóvenes comienzan a reconocer tu autoría, tu fuerza creadora, tu papel central en el teatro y la literatura del primer tercio del pasado siglo. Pero eso no basta. Aún hay quienes ignoran tu nombre mientras recitan tus versos y aplauden ideas que tú defendiste antes que nadie.

Me impresiona tu obstinación por enseñar. Tu carrera de maestra, inspirada en los ideales de la Institución Libre de Enseñanza, constituye un ejemplo aún vigente. En un tiempo en que educar era transmitir obediencia, tú proponías enseñar a pensar de forma crítica. Hoy, cuando el sistema educativo lleva décadas extraviado entre la bruma de las luchas ideológicas y políticas, tu voz sigue haciendo falta.

Leo lo que escribiste sobre el papel transformador del aula, y me pregunto qué queda en nuestro tiempo de aquella pasión por formar ciudadanos con ideas propias, mujeres libres, hombres conscientes. Defendiste una escuela laica, creativa y sensible. Una manera de enseñar que no obedeciera a dogmas sino a sueños. No sé si lo sabes, pero tus ideas todavía siguen latiendo. En cada profesor que se resiste a la rutina, en esa niña que descubre que puede pensar por sí misma, allí estás tú.

Tú creíste en la palabra como herramienta de transformación. Y no sólo en el aula o en el escenario, sino también en el hemicycleo. Tu labor en el Congreso durante la Segunda República —la primera mujer en defender una ley ante las Cortes— abrió una grieta en la historia por donde entró la luz. Gracias a ti, y a otras como Clara Campoamor o Victoria Kent, muchas mujeres ocupan ahora escaños y alzan la voz en nombre de otras. Pero aún no se ha alcanzado la igualdad por la que tú luchaste. Seguimos hablando de brecha salarial, de violencias machistas, de techos de cristal. Todavía nos preguntamos cómo puede ser que, cien años después, tantas mujeres sigan viviendo entre renunciaciones, y tantas sean asesinadas por sus parejas.

Fuiste diputada cuando eso resultaba impensable. Defendiste derechos que en este siglo damos por conquistados, pero que en tu voz suponían entonces un escándalo. Cuando ahora escucho tantos discursos populistas, me acuerdo de ti. Rememoro tus palabras serenas, lúcidas, decididas. Me pregunto qué pensarías al ver cómo en algunos sectores de este país se niega la violencia machista, se ridiculiza el feminismo, se retrocede en derechos laborales y sociales que costaron décadas. Tal vez te indignarías, o tal vez simplemente volverías a escribir, igual que siempre hiciste, desde la trinchera de la cultura. Tu exilio me duele especialmente. Como a tantos republicanos, te arrebataron el país que habías soñado. Moriste desterrada, sola, sin reconocimiento y sin saber que tu voz volvería. Pero volvió. En los libros rescatados, en los estudios que deshacen el silencio impuesto, en las jóvenes que te leen como pionera. Sin embargo, la historia del exilio español aún se cuenta a medias. A veces parece que hemos olvidado a los que se fueron y nunca pudieron volver. Me pregunto qué pensarías de la España actual. De esta democracia imperfecta, sacudida por los vientos de la polarización, la desmemoria y el desencanto.

Hay algo que me emociona especialmente de tu vida: tu capacidad para ser muchas cosas, cuando no se os permitía ser ni una sola. Maestra, escritora, viajera, activista, diputada, esposa... Y sin embargo, ninguna de esas palabras te contiene del todo. Viviste en la frontera entre la visibilidad y el anonimato, entre la modernidad y la censura. Visionaria

y realista, escéptica pero también divertida, anticlerical y a la vez creyente, feminista sin excluir la femineidad. Desde esa compleja posición construiste una obra profundamente comprometida no sólo con tu tiempo, sino también con el nuestro. Y lo hiciste con una valentía que me sobrecoge. No sé si entonces eras consciente de cuánto estabas adelantándote a tu época, pero aquí estamos, un siglo después, buscándote, leyéndote, sacándote del silencio al que te condenaron.

Escribiste sobre mujeres que soñaban con una vida distinta, que se negaban a ser muñecas, mártires o sombras. Aquellas que imaginaste son hoy nuestras compañeras, que firman sus libros, votan, legislan, enseñan, viajan solas, se manifiestan.

Y no puedo dejar de pensar en las jóvenes de hoy. Las que crecen en un mundo saturado de imágenes, de pantallas, de mensajes contradictorios. A veces pienso que viven más libres que nunca, y en cambio otras, que cargan cadenas invisibles más pesadas que las tuyas. ¿Cómo enseñarles a resistir la dictadura de la apariencia, la terrible falacia de que lo único importante es gustar en lugar de ser? Creo que deberíamos poner tu ejemplo en los libros de texto, leer tus obras en las aulas, contar tu vida con la misma naturalidad con que se estudia a tantos hombres que quizás hicieron menos.

Una foto tuya me persigue: sola, con un pañuelo al cuello y una mirada entre triste y serena, como si llevaras toda tu historia auestas. Cada vez que la veo, me digo: "Esta mujer lo había sufrido todo, y aun así no se rindió". En tiempos como los que vivimos — con guerras a las puertas, con democracias frágiles y derechos amenazados—, tu dignidad es un faro.

No puedo silenciar otra herida, tal vez la más incomprensible. Me estremece pensar que conviviste durante años con la relación entre Gregorio y Catalina, esa actriz para quien tú misma escribías los papeles. Y tú lo sabías, callabas e incluso compartías escenario y destino con ella. ¿Cómo se sobrevive a eso? ¿Fue resignación, estrategia, amor, dignidad silenciosa? Me cuesta entenderlo, y sin embargo no puedo juzgarte. Porque tú seguiste creando, como si te abrieras paso por entre las ruinas. Hay un dolor ahí que nunca mostrabas, que intuyo escondido en los pliegues de tu biografía. Y quizás también en tu elección de no hablar mal de él, ni siquiera cuando te dejó en la miseria. Fuiste más grande que tus heridas, mas no por eso dolieron menos.

Todavía hay algo más que no quiero dejar en silencio: tu ausencia de maternidad. No fuiste madre, e ignoro si fue por biología, renuncia o imposición. Me parece importante mencionarlo. Porque tú conseguiste lo que muchas mujeres nunca alcanzan —vivir para tu pensamiento, tu palabra, tu acción—, y sin embargo te privaste de lo que tantas otras

han logrado ser: madre. ¿Te dolió? ¿Lo sentiste como una ausencia, como una grieta? ¿O simplemente volcaste ese amor que no pudiste entregar a un hijo o hija en otros proyectos, en otras luchas, en otras personas?

A veces pienso que sí lo fuiste, pero de otro modo. Gestadora de ideas, de caminos abiertos, de obras que siguen respirando. Madre de una visión del mundo que aún hoy nos alimenta. Quizás viviste tu maternidad como una forma de entrega menos visible, aunque más profunda. No pudiste saber entonces que tu legado ha criado generaciones, y eso también es una forma de amor maternal.

María, no todo está perdido. Gracias a mujeres como tú hemos aprendido que escribir puede ser un acto político, que enseñar es un gesto de rebeldía y que amar no debe suponer desaparecer. También, que la historia no está cerrada y todavía podemos anotar en sus márgenes.

Me gustaría que pudieras responderme. Ojalá fuera posible compartir un té y hablar de escritura, de educación o política, de viajes y exilios. Pero, en el fondo, siento que ya estamos hablando. Porque cada vez que leo tu obra o te nombro, en cada ocasión que te recomiendo, algo tuyo vuelve al presente. No hay olvido posible para quien tanto sembró. Te envío esta carta no solo para rendirte homenaje, sino también como agradecimiento. Gracias por tu valentía, por tu escritura, por tu inteligencia. Por no haber renunciado nunca a ser muchas. Hoy, cuando tantas personas seguimos luchando por derechos que aún se resisten, tu ejemplo nos alumbra.

Te debía estas palabras. No para darte voz —nunca te faltó—, sino para decirte que te escuchamos, que tu nombre ya no está en la sombra. Que muchos como yo te leemos, te pensamos, te admiramos.

Gracias también, María, por tu claridad, por tu coraje, por tu ternura firme. Por enseñarnos que escribir es también un modo de resistir.

Ojalá esta carta cruce el tiempo y te abrace, aunque sea con retraso.

Con todo mi respeto, admiración y complicidad, de un aprendiz de escritor.

Una vida entre letras y política

Alba Navarro Salvador

Accésit en el III Certamen literario
Los cuentos de María de la O Lejárraga 2025

Una vida entre letras y política

Alba Navarro Salvador

Querida María:

Me dirijo a ti desde un tiempo que jamás hubieras imaginado. Han pasado muchas décadas desde que tus pasos recorrieron con firmeza los caminos de España y del exilio, y sin embargo, tu voz sigue resonando con la fuerza de quien nunca dejó de creer en la justicia, la igualdad y la palabra escrita como herramienta de transformación. Hoy, al evocar tu vida, me resulta imposible no preguntarme qué pensarías del presente: de los avances conseguidos, de las luchas que aún persisten y de los retos que continúan desgastando a la sociedad.

Tu trayectoria, tan múltiple y fecunda, me ofrece distintas puertas por las que entrar a conversar contigo. Si pienso en la maestra que fuiste, me encuentro con una mujer convencida de que la educación era la semilla más fecunda para cultivar ciudadanos libres. A través de tus enseñanzas buscabas no solo transmitir conocimientos, sino también abrir ventanas hacia un mundo donde el pensamiento crítico y la dignidad humana fueran inseparables. En la actualidad, esa idea se mantiene viva, aunque muchas veces debilitada por sistemas que priorizan la productividad sobre la formación integral de la persona. Tú insistías en que enseñar era un acto de esperanza, un gesto de confianza en la posibilidad de cambio. Hoy, frente a aulas masificadas, docentes agotados y alumnos desorientados, tu mensaje recupera una vigencia asombrosa.

De igual modo, tu faceta de escritora, tantas veces oscurecida por el nombre de tu esposo Gregorio Martínez Sierra, representa una herida y una lección. Herida porque tus palabras quedaron ocultas tras la firma de otro, negándote el reconocimiento que legítimamente te correspondía. Lección porque, a pesar de la injusticia, nunca abandonaste la creación ni la convicción de que la literatura podía ser una vía para dignificar la vida. Tu discreción y tu paciencia se han transformado en símbolo de resistencia silenciosa. Hoy, en tiempos donde la autoría femenina lucha por ocupar con justicia los espacios que merece, tu

ejemplo ilumina tanto los avances logrados como las sombras persistentes. ¿Qué pensarías al ver que aún se discute la autoridad intelectual de las mujeres, que todavía hay que reivindicar que la voz femenina es también voz universal?

Como esposa, tu historia refleja la tensión entre el amor personal y la entrega a una causa mayor. Supiste convivir con una relación marcada por desequilibrios y silencios, y aun así mantuviste firme la lealtad a tu proyecto intelectual y social. Ese sacrificio, que a ojos contemporáneos podría verse con asombro o incluso reproche, nos recuerda que las trayectorias humanas son complejas, y que la grandeza de una vida no se mide solo por los triunfos personales, sino también por las renunciaciones que permiten sembrar frutos duraderos en los demás.

Si pienso en ti como activista feminista, mi admiración se multiplica. Fuiste una de las pioneras en un contexto en el que las mujeres apenas podían alzar la voz en la esfera pública. Con valentía, denunciaste la opresión, defendiste el derecho al voto y proclamaste la necesidad de que las mujeres participaran activamente en la vida política y cultural. Hoy, aunque el feminismo ha conquistado muchos logros, no está exento de cuestionamientos ni de resistencias. Siguen existiendo desigualdades salariales, violencias de género y prejuicios arraigados. Sin embargo, tu espíritu pionero nos enseña que cada avance, por pequeño que parezca, abre el camino a transformaciones más profundas. Si algo permanece intacto desde tus tiempos hasta los nuestros es la certeza de que la igualdad no se concede: se conquista con lucha, constancia y palabra firme.

Tu paso por la política como diputada socialista en la Segunda República muestra una faceta de tu vida que aún hoy inspira. Creíste en la democracia como instrumento de justicia y en el Parlamento como espacio donde la voz de las mujeres debía sonar con la misma legitimidad que la de los hombres. Participaste en debates decisivos, contribuiste con tus ideas y defendiste con pasión los derechos civiles. Esa experiencia se truncó con la violencia de la guerra y el exilio forzoso, pero tu nombre quedó inscrito en la historia de quienes supieron conjugar el compromiso intelectual con la acción política. Ahora, cuando observamos parlamentos en los que las mujeres ocupan escaños con mayor naturalidad, pienso que sentirías una mezcla de orgullo y de exigencia. Orgullo porque algo de tu semilla sigue germinando. Exigencia porque aún queda camino por recorrer

para que la representación femenina no sea solo numérica, sino también sustancial en decisiones que afectan a la vida de millones.

La condición de exiliada marcó tu biografía con un dolor imposible de borrar. Dejaste tu tierra, tus recuerdos y tu entorno, y tuviste que reinventarte en lugares lejanos, cargando con la nostalgia y la certeza de que quizás no volverías. El exilio es siempre una fractura, pero también un aprendizaje: obliga a mirar la patria desde la distancia, a valorar lo que se pierde y a repensar lo que se sueña. Hoy, en un mundo donde millones de personas se ven obligadas a huir de guerras, dictaduras o crisis climáticas, tu experiencia resuena con fuerza. El desarraigo que viviste es el mismo que padecen quienes cruzan fronteras buscando dignidad. Quizás tus palabras, nacidas de la memoria y la herida, podrían servir de consuelo y de guía a quienes hoy atraviesan ese mismo desierto humano.

Tu condición de pedagoga y viajera me lleva a otra reflexión. Supiste mirar el mundo con ojos atentos y mente abierta. Viajaste no solo para conocer paisajes, sino para dialogar con culturas, para aprender de lo diverso y enriquecer tu pensamiento. Hoy, cuando viajar se ha convertido para muchos en una actividad superficial, casi turística, tu ejemplo nos invita a recuperar la profundidad del encuentro con lo distinto. Viajar no es solo desplazarse, sino dejarse transformar por lo que se descubre. Y en ese sentido, fuiste una adelantada a tu tiempo.

Querida María, si algo nos enseña tu vida es que la coherencia entre pensamiento y acción resulta difícil, pero indispensable. Tu historia está atravesada por sacrificios, contradicciones, victorias y derrotas, y sin embargo mantiene una unidad admirable: la convicción de que la cultura, la política y la educación son herramientas inseparables para construir un mundo más justo.

Hoy quisiera decirte que tus esfuerzos no fueron en vano. Aunque tu nombre no siempre ocupe los titulares ni las portadas de los manuales escolares, tu legado late en cada mujer que toma la palabra, en cada docente que cree en la fuerza transformadora de la educación, en cada exiliado que no se resigna a la pérdida, en cada viajero que se abre al mundo con respeto. Tu vida nos recuerda que la historia no se construye solo con los grandes acontecimientos, sino con la perseverancia silenciosa de quienes nunca dejan de sembrar.

Me despido de ti con un sentimiento de gratitud y de responsabilidad. Gratitud por todo lo que dejaste escrito y vivido. Responsabilidad porque quienes estamos en el presente debemos continuar la tarea que tú comenzaste. Ojalá estas palabras, nacidas desde otro siglo, pudieran llegar a ti como un abrazo largo que atraviesa el tiempo y reconoce la fuerza de tu legado.

Con admiración y respeto,
una mujer del presente